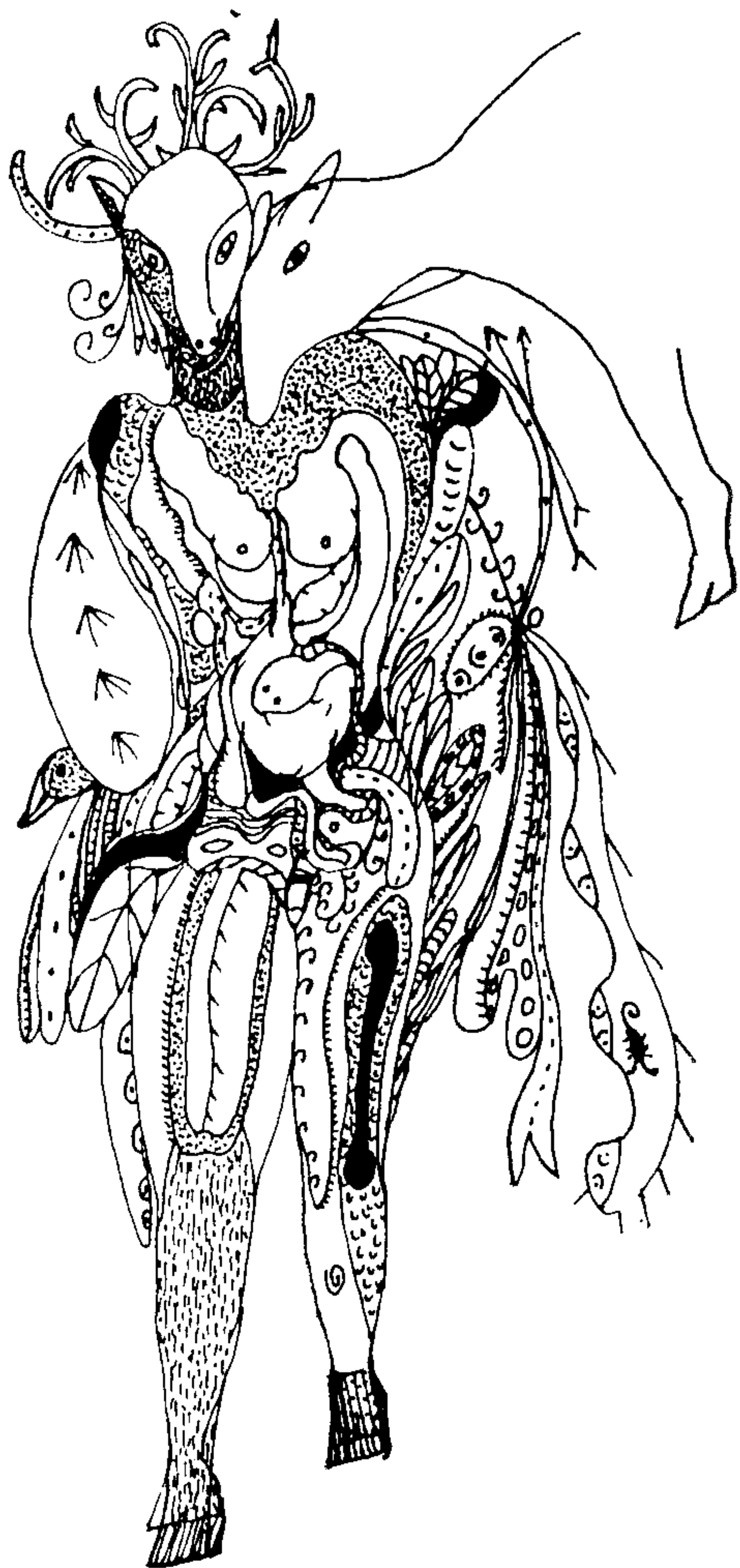


elkin restrepo

VIAJES

Esto, lo de mudar de forma, comenzó un día que tropecé
con un indio jaibaná, camino del Sibundoy, a quien invité a almorzar a
una fonda
y conté mi interés de conocer la selva (era joven y aún no poseía
ningún secreto)
y conseguir, en el trato con animales y criaturas, con tótems y míticos
ancestros,
la sabiduría que sabía me hacía falta.

El indio me oyó sin prestar interés, atento como estaba a masticar
un pedazo de carne



y a reírse bajito de mis tontos cuidados de no ir a chorriar el mantel con el plato de sancocho que rebosaba y tenía un color raro. Luego, con el plato limpio, sin el menor comedimiento, sorbió y hurgó en sus dientes y, recostándose sobre la pared, se echó el sombrero sobre la cara y se quedó dormido.

Molesto, desconcertado, decidí pagar e irme pero, sin que mediara aviso, empezó a llover y tocó quedarme, irritado con el espectáculo del brujo roncando en su silla.

Pronto me di cuenta que el asunto iba para largo y contrariado con tanto trueno y relámpago, con la oscuridad que se vino encima,

busqué un rincón y me envolví en la ruana.

En la fonda, como si nada, el resto de parroquianos bebía y charlaba, despreocupado del tinte sobrenatural que, cada vez más, tomaba la lluvia y que parecía ensañarse con aquel lugar.

Y como no escampaba (una tempestad puede allí durar días), empecé a angustiarme

y a arrepentirme de mi tonta idea de venir a la selva a iniciarme en magias hurañas.

Dos o tres veces, inquieto con los fogonazos que retumbaban en aquel intenté conversar con alguno sitio, pero, como si hablara otro idioma o no fuera el caso, reían mostrando sus encías y otra vez levantaban la copa de aguardiente y continuaban en lo suyo.

Aparte, ajeno a todo, como si su sabiduría fuese sólo ésa, el jaibaná se mecía en un sueño sin fondo y amenazaba, a deducir por su semblante, con no volver de él.

Al rato, cuando menos lo esperaba, cuando vanamente intentaba darme ánimos

y rezaba a Dios que terminara aquel diluvio, de súbito el indio despertó y, a una señal suya, como si nada le fuera imposible,

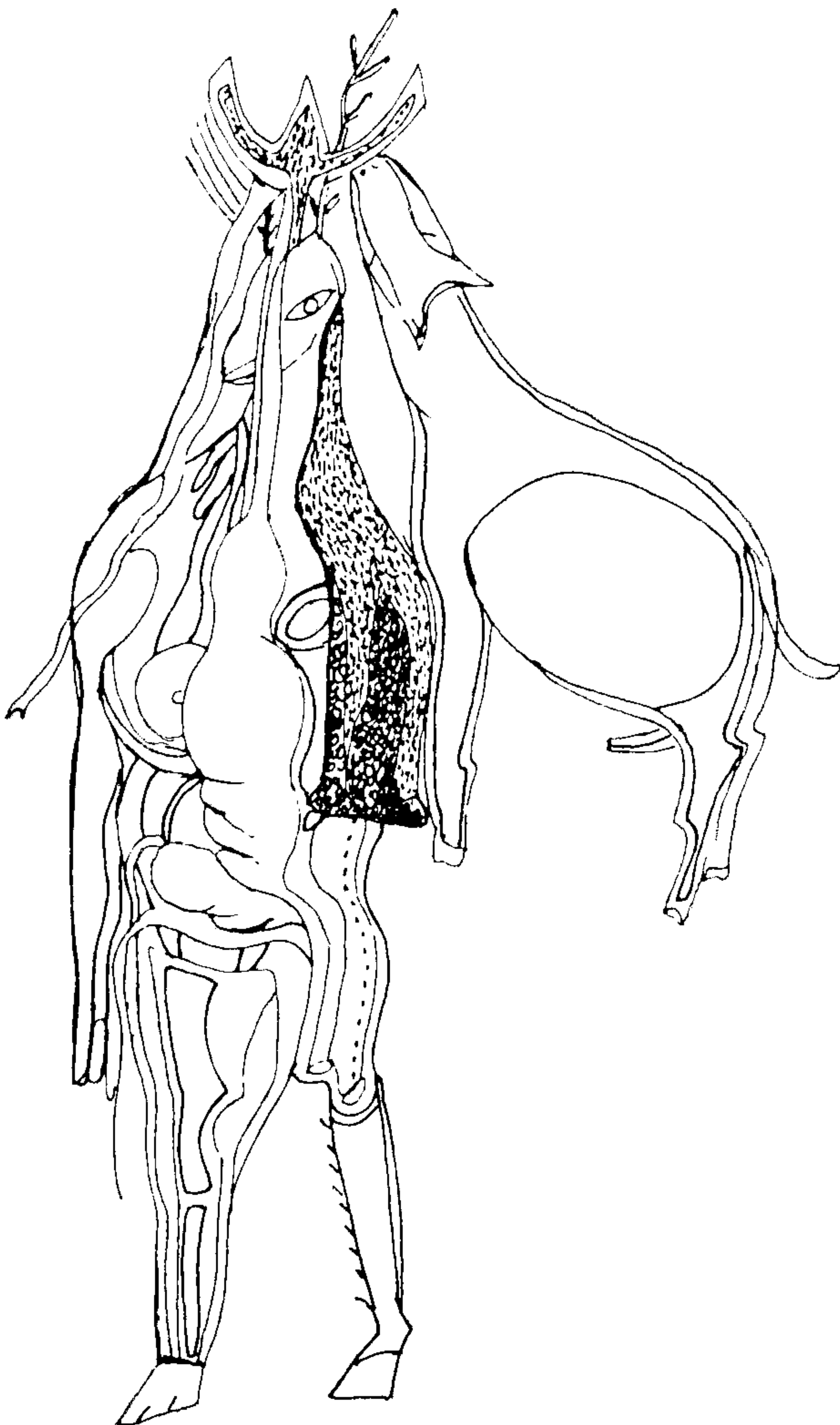
en aquella pocilga inmunda, el sol alumbró.

Asustado con lo que pasaba y, temiendo la burla de todos, quise huir de allí. No había dado dos pasos, cuando ya el indio estaba a mi lado, recordándome que era mi guía y desenvolviendo una letanía que duró el camino entero. Terminé en su casa, un rancho de bahareque y paja, en un rincón de la selva, donde se oía el lejano rugir del jaguar. Y de inmediato, en ese atardecer
malva,

sirviéndose de un hueco y un palito, comenzó la enseñanza.

"Si has llegado hasta aquí es porque debes proseguir", me dijo, en tono
enigmático.

Y durante tres días, sirviéndose de una concha de gurre donde escondía



mil menjurjes y yerbas, bailó y roció mi cara y cayó en trances que
desvertebraban su figura,

dándome a entender, poco a poco, lo que debía entender.

Al cuarto día, cuando el hambre y el cansancio debilitaban ya todo
propósito,

vino al fin la prueba.

En efecto, después de darme un brebaje insípido, con ojos maliciosos,
me pidió que recitase una cierta fórmula.

Antes de que terminara, ya nos deslizábamos convertidos en culebras mapanás
hacia la platanera en la parte de atrás del rancho.

Luego, selva adentro, a otras palabras suyas, pasamos a ser arditas y,
más tarde,

siguiendo el curso del Putumayo, bagres, caimanes, hicotetas y pumas
y, para reírnos un poco, un par de asnos que rebuznaban a la salida de
un caserío.

Confieso que estas continuas metamorfosis me dejaban exhausto y pronto
mi ánimo empezó a ensombrecerse y no pasó mucho rato antes de que, en
un caño del Amazonas,
mientras cambiábamos a delfines rosados, le pidiese que hiciéramos un alto
y volviésemos a nuestra condición pretérita. Malhumorado, el brujo maldijo
una y otra vez,

mirándome de manera torva. Al fin pudo contenerse y me ordenó subir
enseguida a una canoa.

En ella, mientras enrumbábamos hacia Leticia, me habló en tono severo,
diciéndome que no conocía magia que se pudiera echar atrás ni mucho menos
brujo que lo pudiera hacer.

Añadió, además, que mi suerte estaba echada y que lo mejor era no
indisponerlo.

Que aprovechara tal privilegio, fueron sus últimas palabras antes de que,
en una vuelta del río, convertido en mono aullador, diera un salto y se
perdiera en la selva.

Quedé solo, entonces, con la fórmula como talismán.

Y así, sin darme un respiro, transformándome en cuanto cosa hay,
reinicié mi errancia por este luminoso torbellino que compone lo humano
y lo divino.